

más: produce toxinas. Pues esto menos, porque contiene ácido oxálico, en cantidad. Esto destempla. Esto aprieta y corrobora en demasía. Esto rasca el riñón, como si fuese un rallo. Esto descompone. Lo otro excita. En fin, no hay manjar, licor ni infusión que no traiga unas consecuencias fatales...

Dan ganas de exclamar como el recluta, que se dormía mientras le leían la Ordenanza:

—¿Y qué sirve atender, mi primero? Ya sabemos que el *sordao* vive de milagro...

De milagro vivimos todos, y el gran asombro es vivir. Tantas cosas como nos dañan y amenazan, y aun vamos garrapateando artículos. Buena señal. No serán tan terribles los riesgos, o serán iguales por mucho que se haga, y muchos sacrificios que nos impongan!

La verdad es que tiene bastante de terrible eso de perderse un hombre como una aguja en un pajar. Tal es el caso del Sr. Ferrero, a quien parece haberse tragado la tierra. Todas las investigaciones practicadas al objeto de encontrar a este señor, no han dado, por ahora, resultado alguno. Desde el día 6 de junio no se ha vuelto a saber de él, y hay momentos en que parece que no volverá a saberse hasta el día del valle de Josafat, en el cual forzosamente apareceremos todos, al toque de la estridente trompeta del ángel. Yo reconozco los servicios prestados por la Policía, y comprendo lo arduo de la misión de este Cuerpo en casos como el de la desaparición del viejo a quien se busca... Pero no me explico que, en una sociedad civilizada, pueda desaparecer nadie, sin dejar huella ni rastro.

¿No es bueno que no se pueden dar dos pasos por la calle sin que se entere el mozo del café de al lado, la frutera de la esquina, el cacharrero de enfrente y el zapatero de más allá, y un señor zambullirse así, y ni visto ni oído?

Lo que tiene de extraño esta desaparición, es que no se ve por parte alguna la causa del crimen, y, si no hay crimen, es cien veces menos explicable el hecho.

Cuando no hay crimen, el cuerpo aparece. Aparece también, generalmente, habiendo crimen. Nada más difícil de esconder que el «cuerpo del delito». Cuando el cuerpo del delito es un hombre..., cualquiera lo escamotea.

Para formarse idea de si pudo haber crimen, tendríamos que conocer muy bien los antecedentes, relaciones y amistades de ese viejo que no parece por parte alguna.

Y de nada de eso tenemos la menor idea. Si pudiésemos hacer una visita a Pozuelo de Távora, ¿qué sé yo? ¡Es imposible que algo no se rastree! De fijo que el hilo de la misteriosa desaparición allí podría sacarse, y no en Madrid. Cuando un hombre va por pocos días a una gran capital, a no llevar consigo gruesas sumas, no es fácil que a nadie se le ocurra hacerle desaparecer; no habría móvil. Los móviles se conciben allí donde radican los intereses, los negocios, el tejido de la vida de una persona.

Para buscar quiénes pueden ser los interesados en un crimen, hay que estudiar a las gentes que están en contacto con la víctima; a sus amistades y relaciones. En este caso, todos convienen en que el viejo no debió de ser atraído a una emboscada de esas en que juegan mujeres de mala conducta. Este buen señor, que contaba más de setenta años, no se ocupaba, por lo visto, de niñerías. Venía a Madrid para conseguir, si era posible, en cuatrocientas pesetas, un molino que valía cuatro o cinco mil. Era moro de paz. En su muerte, si es que se la dieron, no puede haber sino una cuestión de interés, o una venganza.

Ambas cosas pueden averiguarse, pues en los pueblos se sabe hasta el número de pulsaciones que da por minuto cada vecino.

Aun espero en la grata sorpresa de la indagación completa de este curiosísimo hecho. No es tranquilizador que supriman así a la gente.

Y sin embargo... Reciente está el caso de Jalón. A no ser por una ficha de círculo, por un botones deshabilitado, a estas horas el asunto permanecería en sombra, y el cuerpo de la víctima, entre dos paredes, como un *sándwich* horrible...

Escrito lo que precede, gran revuelo en los periódicos: se ha descubierto el crimen, completamente, ¡sin dejar lugar a duda! Un triunfo para *El Imparcial*, que venía diciendo constantemente que se indagase lo referente a la desaparición del viejo, porque tras de ella tenía que haber un crimen, y un recurso para dar interés a estos últimos días del verano, en que la monotonía de la guerra (monótona, sí, aunque tan espantable) ha llegado a engendrar un aburrimiento plúmbeo.

Todos sabrán que el viejo ha perecido, enterrado

en un hotel de la calle de Lanuza, atadas las piernas con una cuerda, partidos la nuca y el rostro por dos hachazos furibundos, y despojado de lo poco que consigo llevaba: unas mil y pico de pesetas.

El crimen no lo ha realizado ningún apache, ningún presidiario cumplido, ningún harapiento. De algún tiempo acá, los crímenes con entierro secreto y previa encerrona, son obra de burgueses, de gente que ya alterna en ciertas esferas sociales no humildes. Así el del capitán Sánchez, y así el de estos agentes de negocios, padre e hijo, que prepararon con frialdad, pero sin habilidad alguna, el asesinato de Ferrero.

Yo me engañaba cuando decía que en Pozuelo de Távora había que buscar los antecedentes del crimen. Acertaba, en cambio, cuando suponía que, a quien no lleva consigo o no se cree que lleva, gruesas sumas, no es fácil que en Madrid le asesinen para robarle, y que en las amistades y relaciones del muerto estaría la clave del enigma.

Ferrero no era portador de gruesas sumas; pero los asesinos creyeron que sí. Le habían inducido a que no viniese a Madrid sin diez o doce mil pesetas en cartera, para realizar un excelente negocio de abonos químicos. La carta, por una de esas casualidades que echan a pique las combinaciones de los malvados, no llegó a tiempo a su destino, y el viejo, cuando salió para la corte, no llevaba consigo sino la suma, relativamente insignificante, de que fué despojado por sus verdugos.

Y el caso se presta a reflexiones morales (de las más baratas, lo reconozco). Rara vez una acción inícuca reporta provecho en relación con las responsabilidades que crea. A veces, como en este caso, no reporta casi ningún provecho. Esos Sáiz — suponiendo que son dos, como parece evidente —, el padre y el hijo, los que han tomado parte en el atentado gastaron, en prepararlo, parte de la cantidad que habían de recoger. Otra parte, no pequeña, la habrán dedicado a esos viajes que parecen tener por objeto huir de Madrid, no sólo por el ruido que empezaba a causar la desaparición, y que les haría sudar frío muchas veces, sino también por escapar de acreedores, pues éstos eran agentes de negocios picados del gusano, llenos de trampas, y ésa fué la causa determinante de su atroz resolución.

Hay algo en tal crimen que hace doblemente anti-páticos a sus autores. Al lado de la premeditación, ese hotel alquilado de antemano para teatro del crimen, esa trama urdida detenidamente, hay una especie de pretensión de superioridad de inteligencia, con que quisieron situarse por encima de los vulgares asesinos. El capitán Sánchez, en su opinión, era un torpe; había preparado mal su ratonera humana. ¡Ellos, sin duda, lo harían mucho mejor!

Y lo hicieron, en efecto, mucho peor. No es quitar mérito a los que han descubierto el crimen; pero ahora, que se conocen los detalles, los que estamos de la parte de afuera nos damos cuenta de lo burdo de la combinación del hecho. El autor de la paradoja *El asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, no daría patente de *artistas* a estos asesinos que amontonaron error sobre error, para que su culpabilidad no pudiese quedar incierta, y para que se tuviese que encontrar, sin gran retraso, el cuerpo de su víctima.

Teniendo, como tuvieron, cerca de tres meses de plazo para hacer desaparecer las huellas, no se les ocurrió nada mejor que dejarse, en el mismo hotel, a la vista, el hacha instrumento del crimen, con sangre y cabellos pegados. Y, para echarse mejor a la garganta el aro de hierro, en persona arrancaron el *parquet* y lo substituyeron con azulejos que, por ese prurito de mentir sin necesidad que acomete a los criminales, dijeron que les venían de fuera de Madrid, y que compraron, si no me engaño, en un almacén de la Concepción Jerónima...

En todo este trágico suceso, hay seres bien dignos de compasión: las familias de Ferrero y Sáiz, y, sobre todo, al menos así lo creo, la última... Cae sobre ella un sambenito que seguramente no merece, y que, sin embargo, tiene que rodear sus frentes mientras vivan y dure la memoria del suceso. El mundo es *así*, que diría Pío Baroja. Y será *así* hasta la consumación de los siglos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lector, si haces caso de lo que lees y oyes respecto a salud, higiene, medicamentos, sistemas para engordar y adelgazar, etc., estás fresco, lector, estás fresco, y más de una vez has de cogerte la cabeza con las manos, exclamando: «Ya tenemos aquí la tan acreditada jaqueca».

Fíjate sólo en un pequeño detalle: la cuestión del agua, fresca y clara, de la fuente. Unos te dicen que no se debe beber con la comida, que es una rémora para la digestión, que diluye el bolo alimenticio, etcétera. Además, engorda, cría grasas, y prepara así los estragos del artritismo y de no sé cuántas cosas más. Sólo es conveniente eso de beber agua, dos o tres horas después de la comida.

Cuando ya estáis medio convencidos, he aquí que otro os previene, asustadísimo, contra tan mal sistema. ¡No beber agua! ¿Sabéis a lo que os exponéis? Bagatela. A una afección incurable de los riñones, y, además, a la locura. El abstenerse de agua durante la comida produce ataques de frenesí.

«¡Menos!», pensamos involuntariamente. Y sin embargo, el pronóstico nos produce intranquilidad. seguiremos bebiendo nuestra copa de agua, entre el cocido y el frito, como hicieron nuestros abuelos. Y a vivir.

Salta un nuevo dogmatizante: no bebáis agua; bebed de un vino ligero, blanco, o de la Rioja... Medio cuartillo diario, vaya; y hasta un cuartillo..., si os empeñáis. No tenemos empeño alguno, pero si se trata de la salud... Y, a la vuelta de la esquina, otro teórico: No, nada de vino, ¡por todos los santos! ¿Usted sabe lo que opinan del vino los más ilustres médicos de aquí, y de acullá, y de todas las naciones civilizadas? Que una leve sospecha de alcohol puede engendrar toda clase de desórdenes. ¡Alcohol! Ni nombrarlo.

Así, os quedáis en el aire y acabáis por resolver que lo mejor será hacer lo que os pida el cuerpo. ¿Tengo sed? Bebo. ¿No la tengo? Me declaro abstemio de agua y vino. Yo observo que el mismo tiempo viven, próximamente, los que acatan los mandatos de la higiene con escrúpulo y los que los desatan con el mayor descaro. Ningún mortal llega a ciento veinte años, y bien pocos, a cien. Para cuatro días que se pasan en este bajo mundo, no vale la pena de imponerse privaciones y de realizar esfuerzos tan penosos. Creedlo, y bebed cuando os viniere en gana, sobre todo de la hermana agua, casta y humilde. Notad cómo San Francisco le llamó al agua «hermana agua» y no dijo nada del «hermano vino».

Comed también, moderadamente, pero a vuestro talante, y sin aprensión a los manjares; que pocas veces nos harán ni el daño que suponemos ni el bien que pensamos.

El terror de la apendicitis es otra característica de la edad presente. Ya casi nadie come fresas porque sus granitos causan apendicitis. Los higos inspiran desconfianza: granitos tienen. Los tienen igualmente las frambuesas. Y el espectro de lo que antes se llamaba *cólico miserere* se cierne sobre los espíritus apocados...

¡Cuántas veces acude a mi memoria la figura donosísima, achicadora de las de los Doctores de Molle, del gran Pedro Recio de Tirteafuera, el que le tasaba los bocados a Sancho Panza! Hoy todos somos Pedro Recio de nosotros mismos. Esto no, que da irritaciones. Esto tampoco, que relaja. Esto ja-